

vida: hubiérase dicho que quería escudriñar mis pensamientos, leer lo que pasaba en el fondo de mi alma.

Después volvió la cabeza, y como acabábamos de llegar al hotel, me dejó bruscamente, sin decirme una palabra, cogió la llave de su cuarto y desapareció.

Una hora más tarde los huéspedes se sentaban á la mesa redonda.

El conde no se presentó en el comedor.

XXI

Al día siguiente, no le vi por la mañana ni por la tarde.

A los dos días, nos encontramos en el paseo de los Ingleses; en vez de reunirse conmigo como acostumbraba á hacerlo, se limitó á saludarme con el sombrero.

Aquél ceremonioso saludo, no me dejó satisfecho. Yo tenía el derecho de querellarme y pedí explicaciones de aquel cambio tan brusco de modales.

Entre gentes de buena sociedad, el pasado compromete para el porvenir y un saludo con el sombrero no reemplaza á un apretón de manos, dado el día anterior.

Yo había desmerecido á los ojos del conde de Blangy, debía darme la razon y yo estaba en el derecho de preguntarle el por qué de su conducta.

Era evidente que yo le había disgustado, hablándole de su mujer; pero su reserva para conmigo reserva que, dadas nuestras antiguas relaciones, era rayana de la impertinencia, considerábala yo demasiado castigo á mi indiscreción.

Y, por último, me chocó sobremanera, el tono con que había pronunciado aquellas palabras:

—¡Ah! ¿Con qué os casasteis con la señorita Paula Giraud?—No era una exclamación que se le había escapado.

Me parecía haber adivinado en su acento algo así como ironía y estupor.

¿Existía algún secreto entre mi mujer y el conde?

¿Había acaso algún misterio que yo no había podido descubrir?

Paula se había conducido conmigo, de una manera extraña colocándome en situación tan falsa, que me daba el derecho de permitir suponerlo y temerlo todo.

No tardé en tomar una decisión: vería al conde lo más pronto posible, y tendré con él una franca explicación.

Nos hablamos cruzado, como dejo dicho, en el paseo de los Ingleses, sin cambiar una sola palabra. Después de haber dado algunos pasos y tomar la resolución que acabo de decir, volví atrás.

El señor conde Blangy, parecía dirigirse hacia el hotel de los Príncipes, por el camino de la orilla de la playa, á lo largo de los Ponchettes y le seguí desde lejos.

Cuando hubo entrado en el hotel, dejéle tiempo de recibir en su habitación y después aluí yo y llamé á la puerta.

—Adelante—dijo.

La llave estaba puesta: abrí.

—¡Ah! ¿sois vos?—díjome el conde sin poder ocultar un movimiento de sorpresa.

—Sí sí: yo soy—respondí—siento mucho turbar vuestro reposo, pero es preciso que hablemos un momento.

No bajáis á comer ahora y parece que buscáis la manera de pasearos solo; por esto cometí la indiscreción de llamar á su puerta.

—Estoy á vuestras órdenes; pero hacedme el obsequio de tomar asiento.

Me ofreció un sillón: sentóse frente á mí y esperó á que le explicase el objeto de mi visita.

—Señor—conde dije con voz que intante apareciera firme y perenne pero que no debía ser así, pues estaba muy conmovido, me felicitaba de las buenas relaciones que existían entre ambos desde que nos encontramos en este hotel, y de repente todo ha cesado. Las causas que han podido influir para haceros pasar bruscamente de una amabilidad exquisita, alguna reserva, tan grande fuego, francamente á preguntarse la razón de semejante conducta?

—La reserva á la cual aludís caballero,—respondió el conde,—en nada os atañe. Yo os agradecería que la atribuyeseis á las graves preocupaciones que me asaltaron en los momentos presentes.

—Si se tratase solamente—reliqué—de cicatrizar una herida hecha á mi amor propio, podría contestarme con esa respuesta; es de las más dignas y aceptables y así lo debo reconocer; pero mi amor propio no está interesado en esto. Permittedme que refresque sus recuerdos. Hemos pasado gran parte del día juntos, hablando amigablemente y después de esto nos presentamos mutuamente el uno al otro, á fin de cimentar de algún modo nuestra naciente amistad cuando ocurrió que pronunció el nombre que de soltera, llevaba mi esposa, mi mujer: enseguida, vuestra voz, vuestra mirada, vuestros modales, se han, por decirlo así, metamorfoseado; delante del hotel, os separasteis de mí con una brusquedad á que no me teniais acostumbrado. Después no me digisteis la palabra. ¿Queréis poneros en mi lugar? ¿No diriais, en ese caso, que evidentemente existe algún misterio ó secreto, que no importa conocer?

—No hay señor mío ningún misterio, ni secreto.

—¿Me dais vuestra palabra?—le pregunté.

—Pero...

—¿Vaciláis?

—¿Esto me basta. No me habré equivocado.

El conde de Blangy quiso protestar contra mi manera un poco difícil de interpretar, pero yo no le dejé tiempo.

—¿Teneis algún inconveniente—añadí,—en que satisfacer esta curiosidad muy legítima y en ayudarme á descubrir el misterio en cuestión?

—¡Caballero!—dijo el conde levantándose—os repito, que no hay ningún misterio.

—Tened presente interrumpí, insistiendo que vengo á veros con objeto de pedir os una explicación de las más pacíficas y corteses. En este momento, es una súplica que le hago, no otra cosa, y para que accedais á nuestra amistad al recuerdo de las agradables conversaciones, que juntos hemos sostenido y á las simpatías que mutuamente nos hemos inspirado.

*
**

El conde parecía hallarse muy conmovido. Vaciló un instante. Creí que iba á ceder á mis instancias.

De pronto exclamó:

—Nada tengo que decir.

—¿Es esa, vuestra última palabra?

—Sí, sí; la última palabra.

—Hacéis muy mal, señor,—díjole con firmeza.

Levantó la cabeza con altanería y preguntó:

—¿Por qué?

—¡Oh!—dije—porque me hallo en una de esas situaciones en que nada importa, en las que no hay que guardar

ningún miramiento que nada detiene y se encuentra como dispuesto á todo.

Me miró con un aire más compasivo que irritado y acercándose á mí, exclamó:

—Tened cuidado, me replicó,—me asegurasteis que veniais con pacíficas intenciones y desde hace un instante vuestras palabras y vuestro tono, son algo amenazadores.

—No amenazo. Ruego, con alguna vivacidad y animación á un hombre honrado, para que dé explicaciones á otro hombre que se tiene por tal. Por culpa vuestra señor conde, porque esta escena no se hubiese desarrollado á haber sabido dominaros más, ocultándome vuestras impresiones; por vuestra culpa, repito; me encuentro sobre las huellas de un secreto que busco desde hace mucho tiempo. Quiero, en fin, conocer ese secreto.

*
**

En vez de darse por aludido con aquello que pudiese ser ofensivo para él en mis palabras, el conde se limitó á decirme:

—¡Ah! ¿hace tiempo que tratáis de descubrir un secreto?

—Si—exclamé perdiendo por completo la cabeza,—un secreto del cual depende mi felicidad. Mi vida se gasta en buscarlo y soy el más desgraciado de los hombres. Y vos, que podriais, con una palabra, calmar mis sufrimientos,

si, todo me lo hace suponer desde que entré aquí, diciéndome todo. ¡Ah! Eso está mal, muy mal hecho, os lo repito; tratar como á un enemigo, al hombre que está sumido, como yo, en la desesperación, y no tiene apego á la vida, porque es una carga para él...

¿Y la expondría, voluntariamente en un duelo?

—¡Oh! Sí.

Se acercó el conde á mi y exclamó:

—¿De manera que nos batiríamos los dos por culpa de vuestra esposa, verdad?

—¡Mi esposa!

—Sin duda,—replicó animándose á la vez,—si sois desgraciado, si no teneis apego á la vida, ¿no es por culpa de ella? ¿Creéis que no lo he adivinado? Pues bien si os casasteis con la señorita Paula Giraud, yo me casé con su amiga. Si desde hace tres meses viajáis separado de vuestra esposa, yo viajo, hace ya muchos años, apartado de la mía.

Callóse un momento, después, al parecer, reflexionó y dijo con voz más tranquila:

—El paso que disteis, la sinceridad que leo en vuestros ojos, las semiconfidencias que se os han escapado, la confesión de vuestras penas, son para mí, otras tantas pruebas de que me encuentro ante una persona digna. Pude dudar en el primer momento, mas adelante os diré por qué, pero mientras os suplico que aceptéis mis más sinceras excusas.

Incliné la cabeza sin articular palabra y el conde continuó:

—Debo yo, según pretendéis, conocer un secreto que os interesa, sea, estamos conformes. Pero mi conciencia me prohibía comunicároslo, sino fuera, en cierto modo, provocado por vos. Hacéis ahora mismo alusión á los infortunios que experimentáis y me importa conocer su índole. No tendrán, puede ser, ninguna relación con el secreto á que aludís, y entonces, os lo advierto, lo guar-

daré; ni vuestros ruegos ni vuestras amenazas, entendedlo bien, me conmovrán. Si, al contrario, el revelároslo, puede llevar consuelo á vuestras penas, con una advertencia ó un consejo, os doy mi palabra que me explicaré franca y sinceramente. Soy yo el que las espera, si me creéis digno de ello vuestras confidencias. Vuestros secretos á cambio de los míos, si cabe, os lo repito, que os sean útiles los que pueda daros. He aquí mi *ultimatum*.

*
* *

¿Puesta la cuestión en este terreno, podía ya vacilar? ¿La que pretendía conocer por completo mis intimidades, no era la mejor amiga de mi mujer? ¿No era la confidente de sus más íntimos pensamientos? La señora Blangy puede que no fuese la sola conocedora de los motivos de la extraña conducta de mi mujer; el conde también podía haberlos adivinado. ¿Antes de separarse de su mujer, no había recibido en su casa y vista la intimidad de su mujer con la señorita Giraud? ¿Qué extraño tendría que estuviese el conde al corriente de ciertas intimidades? La casualidad me ponía en presencia de la única persona que podía hacérmelas saber, y retenido por una falsa vergüenza, por una delicadeza exagerada, ¿me opondría yo á confidencias útiles, y solicitadas por mí en cierto modo?

No; hablé. Hablé como os hablo á vos, mi querido amigo, con entera sinceridad Contéle *pé á pé* las tristes peripecias de mi campaña amorosa, sin ocultarle detalle alguno.

Escuchóme grave y recogido; se hubiera podido creer que mi historia era la suya, que mis aventuras le tocaban, tanto parecían interesarle.

—¡Sí; eso es! ¡Lo veo claro! Siempre lo mismo... tales fueron las exclamaciones que á cada vez interrumpían mi relato.

Dejéle con la curiosidad y los celos, me habían impedido al seguimiento de mi mujer por la calle Laffitte, todo en fin hasta tropezar con...

—Señora de Blangy—gritó el conde.

—¡Cómo!—grité á mi vez.—¿Qué adivináis?

—¡Algo ó todo! Lo que me sorprende, es que mostréis tal extrañeza... ¡Como! Visitasteis aquella casita de la calle de Laffitte;—¿y aún tenéis dudas?

—Pero, ¿es que jamás pudo ocurrirséme que aquellas mujeres pudiesen alquilar una habitación por el solo gusto de verse!

Arrugó el conde el entejejo y miróme.

Me confesó más tarde que, en aquel momento, tuvo intención de burlarse de mí. Mi honradez, el aire inocente de mi fisonomía, le detuvieron.

—Continuad—me dijo.

—Nada interesante puedo relataros yo; la señora de Blangy me hizo entrar en su casa; Paula nos siguió, y las dos explicáronme, como, á consecuencia de mi prohibición á su amistad, reunieron para verse, al extremo de alquilar un cuarto, que era aquel.

—¡Y vos,—esclamó el conde—no protestasteis!

—¡Dios mío!—respondíle.—Efectivamente mi mujer faltaba á mis órdenes; pero tened presente, que hacía tres días suponíala culpable de un delito más grave que la desobediencia. Reflexionad, amigo mío; creí encontrar un rival, y tuve la fortuna de tropezar con una encantadora y aristocrática dama.

El señor de Blangy, avanzó hácia mí.

—¿Habláis seriamente?—díjome.

—¿Lo dudáis?

—¿Os felicitáis de haber encontrado á vuestra mujer con a mía en la calle Laffitte?

—No me felicité: lo preferí á lo que esperaba.

—¡Pues bien, caballero—exclamó el conde—no estamos conformes; yo hubiera preferido un hombre! ¡Me hubiera vengado!

—¡Buena es la venganza!—replique—¡Cuanto he deseado ejercerla! Pero es más agradable poder decir: ¡Me creía engañado... y no lo soy!

Estas palabras fueron una revelación para el señor de Blangy, que creyó ya en mi perfecto candor.

CIUDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO RIVERA"
 ADO. 1625 MONTERREY, MEXICO

XXII

Era este tan grande que el conde tuvo que tomarse gran trabajo para hacérmelo comprender. Mi conciencia se rebelaba, y me impedía, hasta cierto punto, dar fé á lo que escuchaba. Existen, amigo mío, ciertos cerebros, en los cuales es difícil hacer calcar ciertos pensamientos.

A pesar de mi honradez, nativa, que no había alejado de cierta influencia malsanas; á pesar de una existencia excepcional que me había puesto al abrigo de todo espectáculo dañoso, yo no era del todo ageno á ciertas miserias punibles de la vida; pero con todo, creía que la educación esmerada era una barrera infranqueable entre el hombre y esas miserias.

El señor de Blangy reconocía que en la aristocracia y la burguesía existían estas miserias como caso excepcional, y á pesar de todo rehusaba creerlo yo.

Pero tuve que rendirme á la evidencia. Reducido por la belleza de Berta, por su talento y originalidad, el conde, como yo, hizo un matrimonio por amor.

Pero Berta, más culpable que Paula no despreció el matrimonio como aquella; antes al contrario, usó toda suerte de coqueterías para que el señor de Blangy la diese su nombre y su fortuna.

También es verdad que no se condujo como Paula después de casada, de idéntica manera; no puso cerrojos á la puerta y no prometió guardar absoluta castidad. El conde tenía sobre mi una superioridad incontestable: fué marido de su mujer. Pero, esto no obstante, advirtió bien pronto cierta frialdad, cierta repugnancia en aquellos más íntimos deberes conyugales. El Sr. de Blangy, acostumbrado, cuando soltero, á otra expresión, á otro cariño, vista aquella reserva alarmóse gravemente. Como yo pensé en mi día, pensó el señor de Blangy, si su esposa economizaba las ternezas era para prodigarlas en otra parte. Siguióla, vióla penetrar en una casa de la calle de San Luís, sobornó al portero, escóndiöse en cualquier parte de la habitación, y, más astuto que yo, pudo escuchar cuanto allí se dijo entre su mujer y la que por desgracia había de ser la mía.

Lo que se dijo en aquel momento, en el cual el matrimonio, como orden, fué puesto á los piés de los caballos, sonó tan desagradablemente en los oídos del conde, que se atrevió á interrumpirlas.

Apareció en el momento en que se bablaba peor de él. Paula, en su cualidad de soltera, se puso roja, pálida, de mil colores, y acabó por un ataque de nervios. En cuanto á la condesa, mostróse de audaz; no se retractó de ninguna de las especies vertidas, y, hasta, glorificó sus subversivas ideas.

El conde, durante la vida disipada que llevó de soltero, había visto mucho anómalo y mucho extraño, pero sin embargo, quedó mudo de estupor.

Pasó la indignación; de la cólera al desprecio: No sabía que decir. Ni aún tuvo fuerzas para castigar.

¡Castigar! ¿Y cómo?

—La justicia—decía el conde—me hubiera rehusado su concurso; no se han previsto ciertas faltas, y la impunidad las absuelve. Acaso, ni aún los tribunales hubiesen fallado un divorcio; las faltas de mi mujer para conmigo eran de tal índole, que el juez se hubiera inhibido por no juzgarlo. Y después de todo ¿que pruebas tenía yo de tal delito? El dicho de vuestra esposa; y estaba demasiado interesada en el asunto para decir verdad. ¡Poneos en mi casol! Las gentes de mundo, en caso semejantes no disponen de medio alguno. Le repugna á uno la violencia y la brutalidad. Témesese al ruido que pueden producir; témesese al ridículo... ¿Como se hubiera tomado lo mío? He oído á mis amigos de Club, burlarse sangrientamente de los pobres maridos engañados... ¿hubiera yo encontrado gracia á sus ojos por faltas excepcionales? No; hubiéranse reído de mí, compadeciendo, á mi mujer. En París, y en el siglo XIX, se prefiere, hacer sarcasmos sobre las víctimas, y oraciones piadosas acerca de los culpables. Hé aquí, como toda suerte de vicios, seguros de la impunidad, se han infiltrado en nuestras costumbres.

Confieso, querido amigo, que apenas escuchaba, en aquel momento, las recriminaciones del señor de Blangy contra la sociedad moderna. Me ocupaba solo de mi desgracia.

Pero en fin,—esclamé en un momento de lucidez—¿habéis al menos procurado impedir que se viesen y alejarlas una de otra?—Sí que lo he ensayado... pero... ¿creís que un hombre que se respeta puede ser durante mucho tiempo el cancerbero de su mujer? Ese espionaje continuó acaba por fatigar, descorazona á la larga la voluntad más firme, energía mejor templada.

—¿Y quien os impedía—repliquele—hacer marchar á

vuestra mujer con vos? En tierra estraña, la vigilancia hacíase inútil.

—¡Error! El día que la hubiera dejado sola un momento, en el hotel, se hubiera largado, como una flecha, en el primer tren, en busca de su inseparable.

—Pero, — dije con más fuerza, — puede que la señora Blangy no hubiera encontrado á la señorita Giraud, en París; si durante vuestro viaje con la condesa, se la arranca brutalmente de su casa; si entonces os vais hácia América, por ejemplo, y la otra marcha hácia Rusia, sin prevenir á la una ni á la otra... ¿se encontrarían? ¿Donde? ¿Cómo?

XXIII

Interrumpíme para ver el efecto que sus palabras producían en el conde.

—¿Y quien me asegura—me respondió este que, contra su voluntad pudiera arrancarse de París á la señorita Giraud? Ni su padre ni su madre seguramente seguro de mi idea interrumpide:

—Señor Conde ¡No os hablo de lo que pudierais haber hecho! De lo que se puede hacer hoy, si. Si el código ordena que la mujer debe seguir al marido, medios teneis para hacerlos obedecer, como los tengo yo. No se trata de una mujer soltera que depende de sus padres, no; de mujeres casadas que dependen de nosotros. Nada se nos opone: partamos esta tarde para París; bajamos en cualquier hotel pára ocultar nuestra llegada; hacemos de prisa y re-

servadamente nuestros preparativos de viaje; reunimos fondos para que vuestro viaje no pueda interrumpirse por la pequeñes de un déficit monetario; luego llegamos á la audiencia y obtenemos una entrevista con el fiscal imperial que pondrá en nuestras manos los medios legales que necesitamos para ser obedecidos por nuestras esposas. ¡Ah, señor conde, nada de delicadezas! La ley nos protege; sirvámonos de la ley! Terminados los preparativos, y llenas todas las formalidades, entonces, nosotros, estrechamos nuestras manos y nos decimos adios. Dos coches nos esperarán á las puertas de nuestras casas. En el uno subiremos nosotros: en el otro vos y vuestra esposa, pero, sin darlas tiempo de verse, de escribirse...Puede que resistan...pero ¿no vamos decididos?

Una vez que sigan, dos expresos en opuestas direcciones, las pondrán, en solo veinte y cuatro, horas, muy lejos á una de otra.

¿Que decís?

—Que puede salir bien.

—¿No es verdad?

—Pero—replicó el conde, despues de un instante de reflexión — si vos, hacecuatro meses que os separais de vuestra mujer, yo lo estoy de la mía, hace tres años. La desgracia que os afecta, es aún reciente; vuestras heridas aún sangran, y las mías, ¡estan ya cicatrizadas!

Antes hubiera aceptado con estusiasmo vuestra proposición... hoy la rechazo porque ya no amo!

—¡No amáis!—esclamé.— ¿Entonces, porque persistís en vuestro voluntario destierro?

¿Porque no habeis vuelto á París despues de tanto tiempo, á continuar vuestra vida habitual, á tomar de nuevo las relaciones que dejasteis como vuestra carrera? ¿Porqué vejetar aquí cuando podiais vivir en París?

Bajó la cabeza sin responderme. Enardecido por aquel silencio y aquel éxito, continué:

—¡Seal No la amáis. El desprecio ha muerto nuestro corazón. Nos son indiferentes. No merecen ni siquiera el trabajo que nos tomemos en recobrarlas. ¡Pero, amigo mío, la moral, esa moral que invocáis á todas horas! ¡Acusáis á personas que no quieren condenar el delito, sea el que, fuese, y, sin embargo, aquellos á quienes criticáis, no están como nosotros, obligados en conciencia, á la represión, de un flagrante delito. ¡Qué! ¡Reservaréis vuestra cólera para los otros y para vos concederéis indulgencias plenas? No, caballero, no; nos debemos á la sociedad y nos debemos á nosotros mismos la justicia de hacerla!

Y así estuve hablando largo rato. ¡Ah, amigo mío! ¡No era yo en aquellos momentos el recién casado que habéis conocido, lleno de delicadeza, reserva; inocente y púdico, pasando una etapa de su vida en demanda de una indescifrable enigma!

¡Se había hecho la luz! ¡sabía, veía, y sobre todo, quería!

XXIV

A los tres días de celebrar esta entrevista con el conde de Blagny, llegué á París en compañía de éste, y me hospedé en un modesto, pero decente hotel de la calle de Bac.

Se nos figuró, y en esto estuvimos de acuerdo, que era lo más conveniente poner el Sena entre nuestras esposas y nosotros para evitar la casualidad de un encuentro inesperado.

Nos propusimos hacer todas las diligencias en coche, y estábamos preparados para suplicar á las personas, á las que habíamos de ver por necesidad, que guardasen la mayor reserva acerca de nuestra llegada.

Fué tal y tan grande la actividad que desplegamos en estas visitas y en las compras y pedidos de fondos indis-

pensables para llevar á cabo nuestros propósitos, que en breve tuvimos terminadas nuestras gestiones.

A las cuarenta y ocho horas de llegar á Paris, hallábamnos dispuestos á abandonar otra vez la capital y en disposición todo para obligar á nuestras respectivas esposas á que nos siguiesen.

—¿Es para esta noche?

Pregunté al conde, al que ví, á eso de las cuatro de la tarde, en el hotel en que se hallaba hospedado.

—Sí, esta noche.

—Está bien.

—¿Terminastéis todos vuestros asuntos?

—Sí.

—Yo también; estuve en el Banco é hice varias visitas, entre ellas una á mi apoderado, con el que nos pusimos de acuerdo respecto á ciertos asuntos.

—Hice lo mismo, de modo que todo está corriente.

—Así lo espero.

—Lo celebro mucho, porque así no tropezaremos con ningún entorpecimiento.

—Quedamos, pues, en que todo está corriente—dijo el conde.

—Sí, así es.

—Nada, entonces, nos detiene aquí, y, á la verdad, amigo mio, deseo acabar cuanto antes.

—Comprendo que sea así, porque á mí me sucede lo mismo y las horas me parecen siglos.

—Siendo así, manos á la obra.

—¿Qué camino pensáis seguir?

—¿Por qué?

—Porque ese es un punto importante, acerca del cual conviene que nos pongamos de acuerdo, como hacemos con todo lo demás.

—Decidme cuál es el itinerario que pensáis seguir, y yo arreglaré el mío con arreglo á él.

—Si no tenéis ninguna objeción que hacer,—me respondió el conde de Blagny—me dirigiré hacia los países del Norte.

—No me parece mal.

—Sí, pienso ir adelante, sin detenerme y sin poderos precisar de antemano los puntos en que pueda irme deteniendo.

—No tengo necesidad alguna de enterarme de ese punto.

—Está bien.

—Escojistéis el Norte, yo elijo el Mediodía.

—No me parece mala idea.

—¿Os agrada?

—Sí, porque no me parece desacertada.

—Me congratulo de que estemos de acuerdo.

—Así debe ser, si es que queremos llevar á buen término nuestra empresa.

—Esta misma noche tomaré el expreso de Marsella.

—Bueno.

—O quizás el de Burdeos.

—Entonces es preciso que, antes de las ocho de la noche, os halléis en cualquiera de las dos estaciones.

—Cuento hacerlo así.

—En ese caso ya no nos queda más que hacer que ultimar el acuerdo y ocuparnos de algunos detalles de ejecución.

—Nó, porque ya lo hicimos y está todo corriente.

—En ese caso ya no nos queda que hacer más que despedirnos, desearnos mutuamente buena suerte en nuestra empresa, y poniendo, desde luego, en práctica nuestro plan, dirigirnos á la calle de Caumartín.

—Así es.

—En marcha, pues, y ¡adelante!

XXV

Llamamos á un camarero del hotel, ordenándole que fuera en busca de dos coches.

Hízolo así el criado, y pocos momentos después volvió á presentarse para decirnos que los carruajes esperaban nuestras órdenes en el patio del hotel.

Pusieron en ellos nuestros equipajes, y el conde y yo nos despedimos, cambiando antes algunas palabras y estrechándonos afectuosamente la mano.

Hacia muchos días que habíamos llegado á conocernos á fondo el uno al otro, y nos queríamos y estimábamos de veras.

A las seis de la tarde se detuvo mi carruaje en la calle de Caumartin y delante de la puerta de mi casa.

Me apeé con mucho apresuramiento, y sin contestar al

saludo del portero, y respondiendo lacónicamente á sus obsequiosidades y preguntas, subí bastante deprisa la escalera.

Conservaba en mi poder el llavín, y gracias á él pude abrir y entrar en mi casa sin tener que detenerme.

*
**

Entré en el salón.

En aquellos momentos latíame con tanta fuerza el corazón, que parecía quererseme saltar del pecho.

Mi aspecto era, sin embargo, el de un hombre que estaba tranquilo, y en mi mirada debía traslucirse una expresión enérgica.

Paula estaba en el salón.

Hallábase sentada en una butaca y tenía sobre las rodillas un libro abierto.

Al verme entrar dió un grito de sorpresa.

Púsose en pie inmediatamente y salió á mi encuentro, tendiéndome la mano.

No correspondí á este movimiento, y mi brazo continuó en la misma posición,

—¡Cómo!—exclamó sorprendida—¿Será posible?

—¿El qué?—pregunté.

—El que al volver de un viaje que nos tuvo separados durante cuatro meses, no me saludéis ni deis la mano.

No la respondí ni la miré.

Estaba sumamente cambiada desde que yo no la había visto.

Habían desaparecido los colores de sus mejillas, y hasta la sangre dijérase se retirara de aquellos labios, en otros tiempos tan rojos.

Bajo sus ojos hundidos y de apagada mirada, extendíase amoratada ojera, que desfiguraba su rostro, antes tan bello.

En cuanto á su talle, esbelto y bien formado, habíase adelgazado de una manera extraordinaria.

Llevaba un traje muy ancho y lleno de adornos y bullones; mas, á pesar de esto, no era posible engañarse acerca del enflaquecimiento de toda su persona.

—¿Por qué me miráis con tanta fijeza?—preguntó con cierto asombro.

—Porque os encuentro sumamente cambiada.

—No diré que no.

—¿A qué se debe?

—A que hace algún tiempo sufro unas jaquecas atroces y, á veces, hasta fuertes y dolorosas palpitaciones de corazón.

—¡Ah!

—Deben ser, sin duda, los nervios.

—Así lo creo.

—Pero ¡qué extraña manera de saludarme tenéis, precisamente en el momento que acabáis de llegar!

—Empiezo, ante todo, por ocuparme de vuestra salud.

—¡Ah!

—¿No es esto lo natural?

—Sí, pero...

—Es preciso que os cuidéis.

—Dictad la receta, puesto que, según parece, os convertís, á vuestro regreso, en un médico.

Y esto me lo dijo Paula sonriendo.

—Es preciso adoptar otro plan de vida—me apresuré á responder.

—¡Otro plan de vida!

—Sí, es necesario viajar, cambiar de aires, hacer mucho ejercicio.

—¿De veras?

—Y tanto.

—Meditaré acerca de lo que crea que puede convenirme más, señor doctor, y quizás algún día me someta y siga vuestros consejos,

—No, no podéis hacer eso.

—¡Que no puedo hacerlo!

—¡No!

—¿Y por qué razón?

—Por la de que es preciso seguirlos desde hoy.

—¡Cómo! ¡Desde hoy!

—Sí.

—Eso es imposible.

—No hay nada que lo sea.

—Hoy no puedo hacer nada.

—Os doy una hora de tiempo para hacer vuestros preparativos de viaje.

Y, al mismo tiempo, sin mirarla, sin hacer ningún caso de su extrañeza, me acerqué á la chimenea y toqué el timbre.

*
*
*

Vino una doncella.

—La señora,—dije,—sale esta tarde de viaje. Poned en una maleta, los utensilios de tocador más necesarios. Ella irá á ayudaros. Daos prisa.

—¡Pero estáis loco, caballero!—gritó Paula en cuanto hubo salido la doncella.

—Jamás he estado más cuerdo,—respondile—¿y creéis que voy á partir así, de cualquier modo, por un capricho vuestro?

—¡Oh! ¡No es capricho; es una voluntad firme, inquebrantable!

—Entonces, no se trata de mi salud; porque aún admitiendo que yo estuviese enferma, no soís vos el que ha de decidir mi tratamiento.

—Os creo moralmente enferma y de gravedad; y esto me basta. Conozco también que, en la parte física, no estáis buena tampoco y esta doble dolencia me ha decidido.

—¿Y qué ideas tenéis? No las conozco aún.

—Las conocéis en totalidad. Dejáis á París, hoy, á las ocho.

—¿De veras? ¿Y parto sola?

—No, conmigo.

—¡Comprendo! Necesitáis compañía... os cansa viajar solo.

—Como lo decís.

—¿Y á dónde me conducís?

—¡No lo sé!

—¡Delicioso!—exclamó Paula soltando la carcajada.

XXVI

No me inmuté: luego que cesó de reir, añadió calmamente:

—Permitidme que os advierta, que el tiempo corre. Si no dáis instrucciones al intento, vuestra doncella lo hará todo al revés, y, cuando lleguéis al primer descanso, os encontraréis desprovista de todo.

—No tengo instrucciones que dar,—respondió Paula sentándose.—¡Yo no marchó!

—Os pido perdón,—repliqué,—¡Iréis de grado ó por fuerza!

—¡Por la fuerza!—exclamó.

—Sí; á la fuerza. He tomado toda suerte de precauciones, mirad,—continué sacando un pliego de mi bolsillo,—enviando esta carta á dos pasos de aquí, á cierto

señor Bellanger, vencería vuestras rebeliones. Quizás no conocáis al señor Bellanger que es, sin embargo, muy conocido en el barrio. Creedme; no me obliguéis á hacerle intervenir y obedeced de buen grado.

Miróme Paula un instante, comprendió la gravedad de la situación, y tomando rápidamente un partido:

—Viajaremos, sea,—dijo,—Me lo imponéis, y la ley os da derechos sobre mí. Pero partir esta tarde es casi imposible. Tengo que despedirme.

—¿De quién?

—De mis padres.

—Estarán aquí dentro de un momento; les he prevenido de nuestra partida. ¿De quién más?

—De la señora de Blangy.

—¡Me lo figuraba!—contesté perdiendo un poco de mi calma,—pero... la señora de Blangy no tendrá tiempo para recibir vuestro adiós... como vos, esta tarde se pone en viaje...

—¡Berta! ¡Imposible!—exclamó Paula.—¡Vos me engañáis!

—¿Y por qué no ha de partir? ¿No marcháis vos?

—Sí, pero á la fuerza. Por de pronto, la condesa no tiene la desgracia de estar en poder de un marido...

—¿Así, pues, el conde ha muerto?

—Casi; puesto que Berta nada sabe de él.

—Voy á ilustraros un tanto. En este momento, á algunos pasos de nosotros, en la calle de Caumartin, en un segundo piso, se desarrolla una escena parecida á la que aquí ha tenido lugar. Por motivos iguales, el conde obliga á su mujer á que le siga, y usa idénticas razones. El la indica su resolución; ella rehusa y el conde dice: «No retrocederé ante la violencia ni ante el escándalo; vos me seguiréis, de grado ó por fuerza...» y ella le seguirá, porque es imposible toda resistencia ante un hombre como señor Blangy, que, posee armas terribles contra su mujer... y contra vos...

Paula palideció y bajó la cabeza.

Yo continué animándome cada vez más.

—¿Me habéis comprendido, no es cierto? Encontré al señor Blangy en Niza; nos hicimos amigos y cambiamos nuestras confidencias. Sé la influencia que esa mujer ejerce sobre vos: y he prometido sustraeros de ella. El señor Blangy ha jurado secundarme y el conde y yo somos personas incapaces de faltar á una promesa. De modo, que decidíos pronto á seguirme.

Confundida, aterrada, incierta sobre el partido que debiera tomar, mi mujer permanecía inmóvil en su asiento.

*
*
*

Sonó la campanilla; acerqueme hacia Paula y la dije:

—Son vuestros padres que vienen á despedirse. Os ruego que suprimáis toda recriminación, toda queja... de otro modo, á mi vez, tendré que explicar el motivo de este viaje.

—¡Oh, vos no haríais eso!—exclamó.

—Os he dicho que no retrocederé ante nada; ¿ante nada, comprendéis? Necesito que me sigáis. Si vaciláis un solo momento, hablo y luego obraré.

—Está bien,—contestó con voz plañidera,—os seguiré.

Los padres de Paula entraron. Encargueme de explicarles á qué se debía el precipitado viaje de su hija.

Les manifesté que uno de mis parientes, que hacía muchos años se había ido á vivir á una capital de provincia, estaba gravemente enfermo.

Dije además que, al regresar de mi viaje, había yo pasado algunos días á su lado y oídole decir, con grandes instancias, que le llevara á mi mujer, pues deseaba verla antes de morir.

Paula, por su parte, no desmintió la fábula; despidióse de sus padres, abrazándolos, prometió volver muy en breve, y salió del salón para dirigirse á su tocador.

Salió tras ella para acompañarla.

XXVII

Entre el conde de Blangy y yo habíamos convenido, de antemano, que hasta el momento de emprender el viaje no dejaríamos solas un instante á nuestras esposas.

Era necesario impedir á todo trance que pudiesen escribirse.

Paula, que, al parecer, habíase resignado con su suerte, dió en mi presencia algunas órdenes á su doncella.

Sacó, apresuradamente, de un armario de luna, algunos objetos, que metió en un saco de noche, echóse un abrigo sobre los hombros, y púsose un elegantísimo sombrero de viaje.

Terminados que fueron estos preparativos, me dijo:

—Estoy á vuestras órdenes.